

El PAN en la coyuntura actual. Una mirada desde dentro

Federico A. Ling Sanz Cerrada*

— ¿Por qué el PAN es catalogado como un partido de derecha, si su doctrina dista de serlo? La respuesta es simple: una cosa es la doctrina que el partido adopta y otra muy diferente aquella que adoptan sus militantes y aquella que sus miembros activos predicán. Los pilares del humanismo pueden tener tintes de centro izquierda, pero las personas que militan activamente en Acción Nacional corresponden y encajan en otro perfil, más conservador, y por lo tanto son catalogados como personas de la derecha. No se está diciendo que no lo sean, simplemente, habría que entender entonces la diferencia entre la persona y la institución.

La política mexicana, a manera de introducción

El papel de la política en México ha tomado un lugar cada vez más importante dentro de nuestra sociedad. La política y sus razones van marcando con mayor profundidad las decisiones, acciones y el rumbo que nuestro país adquiere paso a paso en su camino y desarrollo.

Dentro de este sistema político, social y económico, los partidos políticos se han constituido como un factor importante que marca la evolución de las esferas de lo público.

En la incipiente democracia mexicana, cada vez más actores adquieren un rol fundamental en el desarrollo de

la vida pública de nuestra nación. Tal es el caso de las organizaciones no gubernamentales, las asociaciones civiles, la Iglesia, las fuerzas armadas y los medios de comunicación.

Nadie podría dudar de la importancia de dichos actores en la transición a la democracia, en la apertura y liberalización del sistema político y la inclusión de nuevas voces a la dinámica nacional. No obstante, cabe mencionar que hay aspectos que requieren de una evaluación profunda, pues los mismos actores que han permitido tantas libertades, también han monopolizado otras tantas, como el propio acceso a la información, los mercados comunicacionales, el mercantilismo con que actúan y su conformación como poderes fácticos dentro del sistema sociopolítico mexicano. A ello debiera añadirse el estudio e impacto de la cultura como una mera mercancía.

En México, la política ha sido uno de los principales medios y herramientas para articular al país en su conjunto. Ha sido la política la encargada de conducir diversos aspectos de la vida nacional, entre los cuales se puede encontrar a la economía, la organización social, y en muchas ocasiones, el sustento ideológico que formó múltiples personas a lo largo de las generaciones.

Resulta importante mencionar que, después de setenta años en los cuales un partido político que iba más allá de una simple institución, para ser una organización que daba forma al sistema mexicano, gobernó de forma autoritaria a nuestro país, vino la alternancia política.

Desde varios años antes, el sistema político encabezado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que antes había sido Partido de la Re-

* Licenciado en Ciencia Política y Administración Pública, UIA Santa Fe.

volución Mexicana (PMR) y Partido Nacional Revolucionario (PNR) en su fundación, se había dado a la tarea de comenzar la liberalización del sistema.

Conviene hacer la aclaración de que, una transición a la democracia no puede ser lo mismo que la liberalización de un sistema autoritario. La rendición de ciertos patrones autoritarios para dar paso a mayores libertades políticas puede entenderse como una forma de soltar las amarras de aquellos sectores y personas que no encuentran su cauce por las vías y los medios tradicionales, y que no encuentran representación alguna en las instituciones legalmente constituidas.

La liberalización del sistema político mexicano, derivado de los conflictos de 1968 y 1971 denominados como “Guerra Sucia”, en los que varios estudiantes e individuos perdieron la vida a manos de la fuerza armada, so pretexto de romper el orden público, causó grandes heridas al entonces sistema que lo controlaba casi todo.

Sobrevinieron cambios importantes con el presidente López Portillo, especialmente en materia electoral, y a ello le siguieron cambios profundos al sistema. Cabe aclarar que no todo fue terso como se esperaba. Las turbulencias económicas como la nacionalización de la banca, las profundas crisis, la inflación galopante de tres dígitos, afectaron de manera severa a los mexicanos.

El sistema político mexicano enfrentó retos difíciles y las vicisitudes de la economía afectaron gravemente al entorno político. La clase gobernante en nuestro país fue formándose y renovándose poco a poco en el mismo seno y sobre los auspicios en los cuales todos ellos fueron forjados.

Las reformas del presidente Salinas y del presidente Zedillo contribuyeron en gran medida a la liberalización del sistema, dejando salir un poco la presión que estaba mermando la legitimidad del sistema.

Ante la crisis de legitimidad de Salinas, el Partido Acción Nacional (PAN) se vio ante la difícil disyuntiva de convertirse en oposición beligerante y poco propositiva, o bien actuar de manera responsable, sin negar el costo político y moral que ello le acarreó. Optó por lo segundo.

Aunado a ello, vinieron cambios importantes, especialmente en materia de libertad de cultos, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede y el reconocimiento jurídico a las iglesias, especialmente a la católica, cuya membresía llega casi al 90% de la población mexicana.

En la transición de 1994 sobrevino de igual manera el “error de diciembre”, nombre que le fue dado a una de las mayores crisis económicas que ha sufrido nuestra nación. Posteriormente, hubo también reformas importantes, como la creación del Instituto Federal Electoral, cuya aparición

hizo quitar de las manos de la Secretaría de Gobernación el control del aparato electoral. Lo anterior, legitimaba al sistema al ser un órgano ciudadano quien se encargara de organizar las elecciones.

Posteriormente, la crisis política y económica derivada del rescate bancario, a la que se la apodó FOBAPROA por ser las siglas del Fondo Bancario de Protección al Ahorro, en donde una vez más el PAN tuvo que elegir en una difícil decisión, optando por votar a favor del FOBAPROA en el Congreso de la Unión, permitiendo de esa manera el rescate bancario por parte del gobierno, con el fin de evitar la quiebra de la banca mexicana.

Lo anterior fue duramente criticado por la población y utilizado por el resto de la oposición política mexicana para restar credibilidad a la alternativa de Acción Nacional rumbo a la elección presidencial del año 2000.

Resulta un tanto obvio repetir lo sucedido en el año 2000 cuando Vicente Fox Quesada obtiene el triunfo electoral en la elección para Presidente de la República el 2 de julio, despojando por primera vez al partido oficial (PRI) de la primera magistratura política de México. Con ello, vinieron entonces muchas expectativas grandes y, a la distancia, grandes decepciones de igual forma.

Vicente Fox resultó un candidato idóneo para la coyuntura política del momento. Su imagen era la de un político fuerte, capaz de tirar a un sistema político “dinosaurio” y añejo, duro de roer y difícil de derrotar. No obstante, lo consiguió. Cabe destacar que su campaña fue altamente mediática.

Se hace un paréntesis para hablar un poco sobre esta campaña mediática de Vicente Fox. Y para ello, sobra decir que los medios de información y de comunicación masiva resultaron un elemento ideal para marcar una agenda de opinión pública.

La campaña mediática de Vicente Fox, dirigida en gran medida por Santiago Pando, quien se vio envuelto posteriormente en escándalos de corrupción provenientes de su suegra, Artemisa Aguilar, resultó muy efectiva. Hay que mencionar la dirección y el giro político que se le dio a través del consultor estadounidense para campañas políticas Dick Morris.

Como ejemplo de ello, se retoma lo sucedido en aquel “Martes Negro”, cuando Fox acuñó la hoy famosa frase de “hoy, hoy, hoy”, al exigir un debate entre los tres principales contendientes a la Presidencia de la República, Francisco Labastida, Cuauhtémoc Cárdenas y el propio Fox. La opinión pública, en aquel momento, condenó la aberración y obstinación de Fox, tildándolo de caprichoso y atrabancado. Sin embargo, el giro político o el “spin” que se le dio a tal

hecho, convirtiéndolo de error a virtud, derivó en una imagen positiva del candidato Fox. En una maniobra mediática, se logró convertir la obcecación de Fox en una virtud de constancia y de valentía, al afrontar cara a cara los retos que se le presentaban.

La legitimidad como problema político

La legitimidad política implica la capacidad de un sistema político para generar y mantener la convicción de que las instituciones políticas existentes son las más convenientes o apropiadas para la sociedad¹.

Si se toma en cuenta la teoría de sistemas de Easton para el análisis político y se entiende el método utilizado, los *inputs*, los *outputs*, el *feedback*, etc., podemos inferir que la legitimidad política está en función de cómo resuelve un sistema político los problemas a los que se enfrenta una sociedad².

Mientras el sistema político responda con mayor eficacia a los problemas públicos y sea capaz de resolverlos de manera satisfactoria, en esa medida el sistema político contará con una gran legitimidad. Si no resuelve los problemas, entonces tendrá una crisis de legitimidad.

Vale la pena recordar que varios autores mencionan dos clases de legitimidad: la de origen y la de hecho. La legitimidad de origen se obtiene como fruto y producto de un proceso legal e institucional del cual deriva la autoridad del gobernante, como puede ser la limpieza y contundencia en el triunfo electoral, la designación por una autoridad, la herencia del trono, etc. La legitimidad de hecho, es decir, aquella que no es de origen, emana de los actos, decisiones y conductas del gobernante con la que consigue el soporte y el apoyo ciudadano para gobernar.

Se puede entonces hablar de una legitimidad *de jure* y una *de facto*. La legitimidad legal o de derecho es aquella que coincide, en general, con la legitimidad de origen y la legitimidad de hecho es aquella que se obtiene durante el proceso de gobierno.

Cabe destacar que los dos tipos de legitimidad: de origen (*de jure*) y de hecho (*de facto*) no son excluyentes. Puede haber una, u otra o ambas. En la práctica real, obtener los dos tipos de legitimidad suele ser muy difícil y costoso, sin embargo, supone prerrogativas muy importantes para gobernar en una democracia.

Cuando no se tiene la legitimidad de origen se tiene que crear la legitimidad de hecho. En el caso contrario, cuando se

tiene la legitimidad de origen, es necesario conservarla y crear la legitimidad de hecho. En cualquier caso, el gobernante siempre necesitará la legitimidad para gobernar.

Para ejemplificar los dos tipos de legitimidad, aquella denominada de origen es la que se le otorgó a Vicente Fox Quesada cuando fue electo Presidente de la República. Sin importar lo que vendría después, nadie cuestionó el hecho de que el presidente de México sería él y que, además, había ganado limpiamente. Caso contrario sucede con el ex presidente Carlos Salinas de Gortari, que no tuvo una legitimidad de origen pues la percepción ciudadana era que su elección no había sido limpia y transparente, sino que había habido un gran fraude electoral. Salinas llegó al poder con una legitimidad muy escasa, por no decir nula; no obstante, con las decisiones que fue tomando en su administración, consiguió la legitimación de hecho ante los ciudadanos.

Lo anterior hace suponer que, sin importar si el gobernante cuenta o no con legitimidad de origen, resulta más relevante si el gobernante es capaz de construirse una legitimidad tal que le permita gobernar.

La opinión pública como medio de legitimación política

En distintas ocasiones y de diversos modos la opinión pública puede coadyuvar a que los gobiernos adquieran legitimidad y obtengan el apoyo ciudadano que se requiere para gobernar. No es sencillo, sin embargo, pues en muchos casos, cuando un gobierno no cuenta con la legitimidad de origen que le otorgan las leyes y las instituciones constituidas en un régimen democrático de gobierno, entonces, se recurre a la opinión pública como medio de legitimación política.

A través de los medios de comunicación, la opinión pública encuentra su cauce para ser difundida. También mucho se ha mencionado sobre que no es lo mismo la opinión pública que la opinión publicada. Aunque en algunos casos coinciden, en otros no. En algunas ocasiones una es reflejo de la otra y viceversa, pero en otras, una puede diferir de la otra.

Por lo anterior, resulta conveniente analizar lo que significa una y otra, pues la legitimación política de un régimen, sistema o gobierno político encuentra un nicho de oportunidad idóneo.

De acuerdo con algunos autores, en especial aquellos que hablan del modelo de la espiral del silencio, la opinión pública tiene dos roles y puede ser vista desde dos puntos de vista.

¹ Lipset, 2001, p. 130.

² Easton, 2001, p. 229.

El primero de ellos concibe a la opinión pública como “racionalidad”, lo cual le da un carácter de “instrumental” en la toma de decisiones democráticas. La opinión pública como racionalidad es el “juicio social alcanzado de algún asunto general o ciudadano, después de que ha sido objeto de una discusión pública racional y consciente”³.

Por otro lado, la opinión pública es vista como un mecanismo de control social, en donde su rol primordial es promover la integración social y asegurar un nivel de consenso suficiente en el cual las decisiones y los actos puedan estar basados⁴.

En cualquiera de los dos casos que se han analizado anteriormente, los conceptos de opinión pública cumplen con un papel fundamental: influir en el raciocinio de las personas para crear ciertas percepciones de la realidad. En un caso se utiliza de manera instrumental para la toma de decisiones, y en el otro como forma de control social.

A pesar de que ambos conceptos pueden sonar antagónicos o diferentes, tienen ingredientes comunes en el fondo de sus acepciones. Por tanto, resulta importante incluir en los estudios de la imagen de Felipe Calderón en los medios de comunicación durante sus primeros cien días de gobierno los conceptos antes mencionados.

Como ya se ha establecido anteriormente, la legitimación política puede encontrar una manera de subsistir si encuentra en la opinión pública el consenso mínimo necesario para tomar decisiones y realizar acciones determinadas, tal como lo sugieren los autores Scheufele y Moy, arriba mencionados.

Resulta importante y necesario incluir en el análisis del presente estudio la forma en que la opinión pública influye en el proceso de legitimación.

Cabe destacar las consideraciones que hace Habermas al respecto de la opinión pública, cuando dice que las instituciones constitucionales de la democracia de masas estatal-social cuentan con una opinión pública intacta, puesto que ésta sigue siendo la única base reconocida de la legitimación del dominio político⁵.

La anterior aseveración de Habermas sobre la opinión pública resulta muy clara al establecer la relación entre la legitimación – dominio político y la opinión pública como el canal para lograrlo.

Ello se puede observar en distintos casos y en diferentes momentos. La opinión pública ha servido como ele-

mento de control social y de legitimación. Un ejemplo de ello fue el intento de desafuero del entonces Jefe de Gobierno del Distrito Federal Andrés Manuel López Obrador en 2004. Se movilizó intensamente a la opinión pública para legitimar al Jefe de Gobierno y para deslegitimar el intento de desafuero tiéndolo de “cobarde”, “abusivo”, etc.

La opinión pública, entonces, puede ser un instrumento muy poderoso para establecer lo que se estudió anteriormente como “control social”. Se puede influenciar, e incluso, en un ánimo más radical, condicionar lo que las personas deben pensar, sentir o percibir frente a una determinada situación.

Los gobiernos saben, y deben tenerlo muy claro, el instrumento que representa la opinión pública. Sin embargo, se debe considerar que, en algunas ocasiones, la opinión pública no es servil ni tampoco está a la orden del gobierno. Los medios de comunicación pueden estar o no subordinados al gobierno. Es decir, en muchos casos los medios de comunicación sirven para los fines gubernamentales instrumentales y de control y en otros, son los críticos más severos del actuar gubernamental y ejercen un poder fáctico y de presión que en ciertos casos puede convertirse en un poderoso chantaje para obtener beneficios cuantiosos a su favor. En otras palabras, lo anterior resulta un “arma de doble filo”.

Habermas, más adelante, menciona que el Estado moderno presupone como principio de su propia verdad la soberanía popular, y ésta, a su vez, tiene que estar encarnada por la opinión pública. Sin esa atribución, sin la sustitución de la opinión pública como origen de toda autoridad de las decisiones obligatorias para todo el mundo, falta a la democracia moderna la sustancia de su propia verdad⁶.

Lo que Jürgen Habermas ha establecido anteriormente es algo sumamente radical y duro de entender. Está diciendo, en pocas palabras que, la soberanía que da autoridad y razón de ser al Estado y a la democracia está fundada en la opinión pública como fuente de toda verdad y sustancia.

Es preocupante lo que Habermas dice, toda vez que entonces nos enfrentamos al debate sobre lo que significa y lo que es, conceptualmente hablando, la soberanía popular y además, en términos pragmáticos, lo que ello significa.

Aristóteles decía que todo aquel ciudadano que no participa en la “polis”, es decir, en la Ciudad - Estado, debía ser una bestia o un dios. Pues bien, el filósofo griego otor-

³ Scheufele y Moy, 2000, p. 5.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Habermas, 2001, p. 262.

⁶ *Ibidem*.

gaba al ciudadano un valor fundamental para la conducción y la vida de la polis de aquel entonces. Pero hoy en día, frente a la nueva construcción del concepto de soberanía, donde ésta se encuentra fundamentada en la opinión pública como la base de su verdad, ¿dónde se ubica pues, al ciudadano de la polis?

¿En dónde se puede enmarcar el problema de la legitimidad y su relación con Acción Nacional? Pues bien, el PAN ha sido un actor relevante para la política mexicana en su conjunto y siempre ha fungido como un elemento que legitima las acciones políticas en nuestro país.

El problema —entendiendo esto como objeto de investigación— de Acción Nacional puede comprenderse desde la óptica legitimadora que autores como los descritos anteriormente han enunciado. Las diversas funciones que tiene un partido político, entre otras, son las de canalizar las demandas ciudadanas a través de conductos formales e institucionales que permitan desahogar y representar al ciudadano ante la autoridad.

El PAN en la coyuntura actual

En el año 2008, la situación del Partido Acción Nacional es producto de una serie de eventos históricos, a través de los cuales se ha legitimado y le ha dado legitimidad al propio sistema. Como muestra de ello, se habrán de enumerar algunos años importantes para el desarrollo de la vida moderna de Acción Nacional.

Para eso, se parte arbitrariamente de 1984, año aproximado cuando se da la llegada al PAN de los llamados “bárbaros del norte”. A ciencia cierta, no se puede estar seguro de si ese fue el año, pero para eso, se pondrá como punto de partida 1984. La llegada a la dirigencia del PAN como Pablo Emilio Madero y Luis H. Álvarez entre 1984 y 1988, y la aparición de otros personajes como Rodolfo Elizondo en Durango, ganando por primera vez la presidencia municipal, después de una resistencia civil pacífica —de las primeras en México—, y continuando con Chihuahua el triunfo municipal en 1986 y la aparición de Francisco Barrio y la también llamada resistencia civil, marcaron una época sumamente interesante en la historia y la vida del partido.

Posteriormente, el año de 1988 fue muy relevante, porque la presencia del sinaloense Manuel de Jesús Clouthier del Rincón, el Maquío, conteniendo por la presidencia de México, le dio un impulso nuevo al panismo tradicional.

Sin duda, uno de los momentos cuando Acción Nacional ha tenido que definir su futuro y su porvenir político fue en

ese año. Luis H. Álvarez, al frente de la dirigencia panista, se enfrentó a la difícil disyuntiva de legitimar al sistema político avalando la elección de Carlos Salinas, a cambio de algunas reformas constitucionales que eran de interés para el partido, o bien, desconocer al gobierno y mantener una oposición radical con la que hubiese sido difícil de negociar.

Valga el salto para el año de 1997, cuando por primera vez el PRI pierde la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, como ya se ha mencionado antes, fecha que marcó de manera tajante la historia de Acción Nacional.

El año 2000 trajo grandes réditos políticos para este partido. Nunca en su historia había ganado tantas curules y escaños en el Congreso, además de la Presidencia de la República. Desde entonces, hay actores que se pueden identificar que son importantes: Luis Felipe Bravo Mena, Carlos Medina Plascencia, Manuel Espino Barrientos y por supuesto, el propio Felipe Calderón.

Los años subsecuentes, es decir, del 2000 en adelante son importantes para la vida interna de Acción Nacional.

La cuenta histórica dentro de Acción Nacional después del 2000

La historia nos dice que, en el año 2000, importantes actores se empezaron a fraguar una carrera política mucho más consolidada. Tal es el caso de Felipe Calderón, que fue coordinador de la bancada panista en San Lázaro en la LVIII Legislatura, en la cual también fueron diputados Juan Camilo Mouriño Terrazo, actual secretario de Gobernación, Manuel Espino Barrientos, ex dirigente nacional del PAN, y otros tantos que hoy por hoy figuran en la punta de la pirámide política de corte panista.

En el Senado de la República, las cosas permanecieron de un modo estático, con la presencia de Diego Fernández de Cevallos como coordinador. El “Jefe Diego” siempre tuvo un estilo muy personal de gobernar a su bancada.

En marzo de 2005, Manuel Espino obtiene el triunfo como presidente nacional del PAN por encima de Carlos Medina, quien ya había sido derrotado por Luis Felipe Bravo Mena en el año de 2002, y quien en el 2000 fue derrotado por el “Jefe Diego” para coordinar la bancada panista en Xicotécatl. La historia de Carlos Medina no fue fácil. Decidió desde entonces retirar su apoyo y reducir al mínimo su participación dentro del PAN. Meses después la historia habría de cambiar, como suele pasar en estas cosas.

La llegada de Manuel Espino al búnker panista de la colonia Del Valle trajo consigo muchos efectos. Para ese

entonces existía una alianza de facto entre el “neopanismo” y el “Yunque” o la ultraderecha.

El trato fue que Santiago Creel debería ser el candidato del PAN a la Presidencia de la República y Manuel Espino presidente del PAN. El segundo, desde la presidencia del partido, habría de ayudar para que el entonces secretario de Gobernación Santiago Creel se convirtiera en candidato a la máxima magistratura del país.

Es difícil de verificar que en verdad existiera una alianza entre el presunto denominado “Yunque” y el “neopanismo”. No se puede saber. Sin embargo, al observar que Felipe Calderón ganó la elección interna para ser designado candidato oficial del PAN y Santiago Creel no obtuvo el mencionado puesto, varias cosas sucedieron.

En las listas plurinominales al Congreso de la Unión se observaron cosas interesantes. Santiago Creel ocupó el primer lugar de la lista para ocupar un escaño en el Senado de la República, gente cercana a él, como Adrián Fernández o Luis Correa obtuvieron un lugar para estar en la bancada panista de San Lázaro. Por otro lado, gente muy cercana a Espino, como Teresa Ortuño, César Leal –tutor intelectual de Espino, dicho por el propio Manuel– y Gerardo Priego, entre otros, ocuparon lugares en las listas plurinominales al Congreso de la Unión.

Ello hace suponer que, dada la terrible y marcada definición de las corrientes, las alianzas entre una y otra tejidas hasta el momento se hacían evidentes. Espino pudo llegar a la presidencia de Acción Nacional, cumpliéndose una parte de la alianza mencionada; no obstante, Santiago Creel no obtuvo la nominación para ser el candidato panista a la presidencia. Se infiere entonces que tal hecho habría tenido que ver en la designación de los lugares plurinominales.

Las corrientes internas en el seno de Acción Nacional

Para nadie es un secreto que existen grupos divergentes en el interior del Partido Acción Nacional. Si bien nadie ha podido comprobar aquello de que una de tales es la denominada “Yunque”, se puede hablar de una corriente de corte radical, cuya ideología está basada en la ultraderecha y la defensa de sus principios como eje y rector fundamental de su actuar.

Podemos mencionar que existe otra más, denominada “neopanismo”. A pesar de que el término fue acuñado hace más de veinte años y que los neopanistas de aquel entonces son ahora panistas doctrinarios, vale aún decir que el neopanismo se le puede aplicar a todo aquel que ha

llegado hace poco tiempo al partido, simpatiza con sus principios, incluso se ha afiliado porque quiere pertenecer al proyecto que Acción Nacional representa, pero, de suyo, no tiene el sustento ideológico que distingue a otro grupo. El neopanismo es más bien una corriente, o un grupo de personas, que comulgan con una idea mucho más pragmática de la política y que por lo tanto, su actuar se basa en ello.

No se puede dejar de mencionar al ala doctrinaria. Los ideólogos de Acción Nacional, aquellos discípulos verdaderos de los maestros Gómez Morín, González Luna, González Torres e incluso hasta los más modernos como Castillo Peraza, representan otro gran sector del panismo que durante algún tiempo, especialmente desde el año 2000 y hasta fechas muy recientes, estuvieron rezagados y opacados por la alianza mencionada entre el pragmatismo y la derecha extrema.

Nuestro actual Presidente de la República, Felipe Calderón es ahora el líder indiscutible de esta corriente doctrinaria, heredera de un Partido Acción Nacional cuyos principios fundamentales están basados en los cuatro pilares del humanismo político: la eminente dignidad de la persona humana, la solidaridad, el bien común y la subsidiariedad. No es gratuito que el actual presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PAN propugne por un solidarismo nuevo y defienda la dignidad de la persona como uno de los principios rectores del partido.

Sin lugar a dudas, si observamos con cuidado la doctrina panista, especialmente estos cuatro pilares del humanismo político, se podrán encontrar cosas importantes como que el bien común está por encima y prevalece sobre el bien personal. Justamente este tipo de planteamientos no son los preferidos de la extrema derecha.

Tampoco lo será la solidaridad y la subsidiariedad, donde se menciona que deberá existir “tanta sociedad como sea posible y tanto Estado como sea necesario”. Definitivamente, los principios rectores de Acción Nacional no son justamente doctrina de derechas.

Luego entonces, ¿por qué el PAN es catalogado como un partido de derecha, si su doctrina dista de serlo? La respuesta es simple: una cosa es la doctrina que el partido adopta y otra muy diferente aquella que adoptan sus militantes y aquella que sus miembros activos predicán. Los pilares del humanismo pueden tener tintes de centro izquierda, pero las personas que militan activamente en Acción Nacional corresponden y encajan en otro perfil, más conservador y por lo tanto, son catalogados como personas de la derecha. No se está diciendo que no lo sean, simplemente, habría que entender entonces la diferencia entre la persona y la institución.

Nunca está por demás mencionar que, como en todo partido político que ha alcanzado cierto éxito, existe también un grupo de personas que son los arribistas, a quienes solamente les interesa el poder por el poder mismo. Sin duda, este vicio corresponde a nuestra naturaleza como seres humanos y lo podremos encontrar en toda organización e institución social.

El poder presidencial como elemento articulador

En el mes de diciembre de 2007, Manuel Espino dejó la presidencia de Acción Nacional, después de una jefatura muy cuestionada, llena de tropiezos y de traspies y criticado duramente por su falta de apoyo al presidente Calderón, antes de ser candidato, cuando lo fue, cuando se convirtió en Presidente Electo y durante su gestión como Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

La presión ejercida sobre Manuel Espino fue dura y bastante. Tuvo que abandonar el cargo porque fue muy evidente que su gestión como líder del panismo no estaba resultando armoniosa con la gestión del presidente Calderón.

A pesar de contar con una estructura muy sólida, burocráticamente hablando, en el interior del PAN, pues todo el Comité Ejecutivo Nacional y diversos comités estatales estaban a su disposición, Espino no pudo contener el poder presidencial.

Felipe Calderón actuó como un hombre de Estado. Se hizo del control del partido político que lo llevó a la Presidencia, y con ello aseguró también su control sobre las bancadas de su partido en el Congreso. El poder presidencial se convirtió en el articulador del panismo nacional.

El riesgo latente

Después de pensar y analizar seriamente las cosas que han sucedido en el interior de Acción Nacional, se debe de alertar sobre los riesgos que el partido está corriendo para subsistir como instituto político.

La postulación de Germán Martínez como candidato único, de unidad, a la presidencia de Acción Nacional, no deja buenos trazos políticos en la estela panista. No fue posible discernir quiénes estaban con quiénes, cuestión que resulta fundamental en la democracia.

Para que exista democracia verdadera, decía Bobbio en su libro *El Futuro de la Democracia*, no sólo basta el procedimiento de elección, sino también la existencia de

opciones legítimas para escoger y que representen decisiones viables para que la democracia pueda alcanzar su plenitud.

Este principio no fue cumplido en la elección de Germán Martínez, y ahora se puede apreciar de un modo sutil la mezcla que hay de corrientes en el interior de la cúpula del panismo.

En la conformación del Comité Ejecutivo Nacional del PAN se pueden encontrar personas plenamente identificadas con el grupo de Manuel Espino, como lo son Carlos Abascal, Marco Antonio Adame, Juan Manuel Oliva, Marcos Pérez Esquer, entre otros, y también se pueden apreciar cuadros cercanos a Santiago Creel, como Humberto Aguilar y Gerardo Priego. Por último, también está presente la corriente de la cual proviene el propio Martínez y Calderón, la doctrinaria, la ideológica, aquella de antaño que heredó de Castillo Peraza y de González Torres las enseñanzas más básicas.

A ello se debe agregar que la renovación de las corrientes se da de manera natural y que las generaciones nuevas ocupan espacios importantes. Tal es el caso de la diputada Adriana Dávila, actual secretaria de Vinculación con la Sociedad del CEN del PAN. Claramente identificada con Calderón y con el ala doctrinaria, esta joven diputada mantiene la responsabilidad de acercar el PAN a la gente. Así podría seguirse enlistado la distribución de fuerzas en el interior de Acción Nacional.

No obstante todo lo anterior, cabe destacar el riesgo que conlleva aglutinar todo en torno al poder presidencial. No es cosa sencilla. Se estaría cometiendo el mismo error que tanto fue criticado en el PRI, donde el poder presidencial aglutinaba todo y decidía por todos. La verdadera democracia interna nunca existió.

El Partido Acción Nacional corre el riesgo de que prevalezca el poder presidencial por encima de todo el resto, lo que convertiría al propio partido en un instituto vulnerable y poco sólido.

A manera de conclusión, Acción Nacional como institución

Después de haber analizado con cierto cuidado los hechos y factores que están impregnados en la historia de Acción Nacional, se puede decir que el partido ha sufrido grandes transformaciones. Que los vaivenes ideológicos de que ha sido objeto en muchos casos le han fortalecido y en otros tantos le han servido para discernir su verdadera vocación.

Bajo el riesgo de ser convertido en un partido cuyo cemento interno sea el poder presidencial, Acción Nacional ha tenido que maniobrar a través de sus dirigentes para lograr el apoyo que un gobierno emanado de sus filas requiere y necesita.

Hace falta buscar mecanismos nuevos para que la relación entre el partido y el gobierno encuentre su justo medio y que las corrientes sean solamente expresiones diversas del mismo fondo.

No hace falta crear grandes o diferentes cosas, sino simplemente, clarificar los conceptos ideológicos que Acción Nacional sigue, y trazar la ruta por la que habrá de caminar.

Lejos de encontrarse como un actor vagabundo y poco importante, Acción Nacional ha tenido que entender que su consolidación depende de la deconstrucción que haga de sí mismo y de la eficiencia que logre en la misma, así como la velocidad que le imprima a este proceso.

No es sencillo reconstruir sobre una base establecida, sin alterar los pilares fundamentales que le dan vida a la obra; sin embargo, no hay otra opción. Allí radica su fortaleza y allí está su trascendencia.

Bibliografía

- Amezaga, J., Arana, E., Iturriotz, A. y Martín, R. *Influence of the Mass Media on the Perception of Basque Politics*. Consultado el 8 de septiembre de 2005, disponible en <<http://ibs.lgu.ac.uk/forum/ameara.htm>>.
- Easton, D. (2001). Categorías para el análisis sistémico de la política. En Albert Batlle (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 221-230). España: Ariel.
- Habermas, J. (2001), *Teoría de la Acción Comunicativa*, Madrid: Taurus.
- Lipset, S. (2001). Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política. En Albert Batlle (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 113-150). España: Ariel.
- Neuwirth, K. (2000). *Testing the Spiral of Silence Model: the Case of Mexico*. *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 12, núm. 2. World Association for Public Opinion Research.
- Scheufele, D.A. y Moy, P. (2000). *Twenty-Five Years of the Spiral of Silence: a Conceptual Review and Empirical Outlook*. *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 12, núm. 1. World Association for Public Opinion Research.

América Latina desde el otro lado del globo

COYUNTURA: **Yann Basset**. La izquierda colombiana en tiempos de Uribe. **Rita Glacalone**. Gigantes en acción: las multinacionales latinas en el nuevo siglo.

APORTES: **Roberto Pizarro**. El difícil camino de la integración regional.

TEMA CENTRAL: **Won-Ho Kimrancio**. América Latina en el siglo XXI. Reflexiones críticas desde Asia del Este. **Richard L. Harris**. Alternativas latinoamericanas frente a la globalización y el capitalismo sobre América Latina y el temor al populismo. **Carlos Malamud**. América Latina en el espejo de la globalización. **Vladimir M. Davydov**. Los chances de América Latina en el mundo que viene. **Gao Jing**. ¿Cómo puede insertarse América Latina en el mundo globalizado? **Slobodan S. Dajovic**. Particularidades de la inserción internacional de América Latina. Un contrapunto con los Balcanes. **David Scott Palmer**. América Latina: estrategias para enfrentar los retos de la globalización. **Arie M. Kacowicz**. América Latina en el mundo: globalización, regionalización y fragmentación. **Judith Teichman**. Globalización e integración: visiones en pugna. **Jussi Pakkasvirta**. Globalización, agrobusiness, América Latina y... ¿Finlandia? **Peter Birle**. Muchas voces, ninguna voz. Las dificultades de América Latina para convertirse en un verdadero actor internacional. **Eric Hershberg**. América Latina fragmentada. Economía y empleo en la era de la globalización.

PAGOS: Solicite precios de suscripción y datos para el pago a <info@nuso.org> o <distribucion@nuso.org>.

215 En nuestro próximo número **Igualdad y pobreza en América Latina**